

Referéndum en Venezuela: ¿campeonato ideológico?

Por ELOY GONZÁLEZ LÓPEZ

Ha sido, en Cuba, bastante difundido todo el proceso relacionado con el referéndum propuesto por el presidente venezolano Hugo Chávez. Dicho proceso, es imprescindible reconocer, estuvo signado por la polarización y la agresividad, pues del resultado dependía el modelo de Estado que regiría los destinos de la nación y, en alguna medida, hasta el modelo de vida privada de toda la ciudadanía.

De inmediato conocimos que el resultado del referéndum otorgaba la victoria a los partidarios de no aprobar las reformas propuestas por el presidente Chávez, con una diferencia inquietante de 51 por ciento de votos contra 49 que sí optaban por los cambios. También conocimos que la consulta contó con un alto nivel de abstención, cerca de un 44 por ciento de los 16 millones de habilitados para votar, es decir, cuatro de cada diez electores. Es bueno precisar que esta abstención se registró especialmente en los sectores populares. Allí rondó el 40 por ciento, mientras que en las zonas más acaudaladas la cifra de ausentismo estuvo en el 20 por ciento.

Los analistas más serios e importantes estiman que la derrota de Hugo Chávez estuvo determinada por el hecho de que la mayoría de la población, incluido un buen número de quienes han sido o son simpatizantes suyos, está disconforme con la idea de posibilitar la reelección indefinida del presidente y prohibírsela a los gobernadores e intendentes. Muchos, aseguran, lo interpretaron como un modo de procurar perpetuarse en el poder y evitar que surjan liderazgos alternativos capaces de competir con su figura.

Igualmente, valoran los especialistas, cundió la suspicacia acerca de la propuesta de marchar hacia un socialismo que no se ha sido definido por el Presidente y mucho menos por medio de un debate entre los venezolanos. Asimismo, sostienen, se temió que al resultar vencedora la propuesta fueran desmanteladas las organizaciones populares autónomas para convertirlas en parte de un Estado que aspira a concentrar las mayores cuotas de poder, tanto económicas, como sociales y políticas.

En un primer momento, ante el resultado, el presidente Hugo Chávez reconoció el triunfo opositor y aceptó que pudo haberse equivocado en la selección del momento para hacer la propuesta. Sin embargo, una vez pasado el primer momento ha catalogado de *mierda* el voto del 51 por ciento de la población, y ha colocado su derrota sobre los hombros de los seguidores que no votaron, clasificándolos de *flojos e irresponsables*.

Stalin González, presidente de la organización estudiantil de la Universidad Central de Venezuela (pues fueron los estudiantes –sin vínculos con los desacreditados partidos políticos tradicionales– quienes encabezaron y coordinaron la oposición a la propuesta del Presidente venezolano), y Julio Borges, dirigente del partido Primero Justicia, entre otros líderes opuestos a Chávez, convocaron a la reconciliación y a un diálogo con el Presidente.

Y hasta adelantaron que, si no dañan la economía, están dispuestos a votar en el Parlamento dos leyes para aprobar sendos temas incluidos en la reforma constitucional rechazada. Se trata

de una norma para reducir de ocho a seis horas la jornada laboral y otra para financiar un sistema de asistencia social para empleados no dependientes. Sin embargo, Chávez también rechaza estos llamamientos a la reconciliación que insistentemente hacen muchos de los ganadores del referendo, con el objetivo de atenuar la actual y peligrosa polarización extrema.

El presidente Chávez se aferra a mantener su propuesta y a, de alguna manera, volverla a presentar. Acepta que la ley prohíbe al presidente presentar nuevamente, en un mismo período de gobierno, una iniciativa de reforma constitucional que no haya sido aprobada. Pero alerta sobre la posibilidad de que puede ser presentada por la Asamblea Nacional, mediante acuerdo aprobado por el voto de la mayoría de sus integrantes, o por los electores, con el apoyo de un número no menor del 15 por ciento del universo electoral.

Es aquí, en la incapacidad para una reconciliación (mal que también padecen muchos opositores), donde en mi opinión está el mayor peligro. El riesgo al cual me refiero no está en que finalmente se imponga el *sí* o el *no* en relación con la propuesta del presidente Chávez –en fin de cuentas cualquiera que sea la opción de la voluntad general será, por supuesto, acogida con entusiasmo por el pueblo venezolano–.



La cuestión radica en que, precisamente, la autentica voluntad general no es la opinión de la mitad del pueblo (con algún que otro voto de más, para poderse imponer sobre el resto). La voluntad general es, al menos, el criterio del 75 por ciento de la población.

Sin el consenso anterior, ninguna propuesta constitucional que triunfe, o pierda, tendrá garantía alguna. Un pueblo no puede marchar hacia un futuro ascendente con una polarización tal que lo enfrente en dos bandos incapaces de reconocerse, alcanzar consensos e integrarse, por los menos, para el devenir de los asuntos fundamentales de la nación. En tal sentido, todos los venezolanos responsables deben trabajar con la intención de que las proposiciones hoy polarizadas, tanto de un lado como del otro del espectro político, inspiradas en criterios ideológicos muy personales o de grupos, sean menos egoístas y manipuladoras, y rebajen (o más bien eleven) sus proyectos a las necesidades y anhelos de la inmensa mayoría de la población, con el objetivo de que puedan ser representativas de la voluntad general, así como armonizar al pueblo en su quehacer social.

En relación con la gestión pública, el verdadero pueblo (el universo de ciudadanos) no ha de ser un tablero de ajedrez sobre el cual se dirimen campeonatos ideológicos, sino el sustento de cada propuesta política.

